

AGUSTINA BUERA

*Los atardeceres
que perdimos*

AGUSTINA BUERA

*Los atardeceres
que perdimos*

Capítulo 1

Matilda

La transpiración me cae por el cuello, la frente y por debajo de la nariz. Siento la humedad calando por cada parte de mi ser. Hace calor. Demasiado calor. Suelto la valija un instante para secarme con la mano las gotas que resbalan por mi cara. Creo que tengo una colita de pelo en mi cartera. Meto la mano con la esperanza de encontrarla rápido. Como siempre, fallo.

—Dios —susurro—. ¿Dónde mierda está?

Cansada de revolver todas mis pertenencias sin éxito de toparme con la colita de pelo que estoy casi segura que guardé, me rindo y me hago un rodete improvisado que se intenta mantener con el mismo pelo enroscado. Mi cuello pareciera que suspira de alivio. Me coloco la cartera sobre el hombro, tomo la manija de la valija de nuevo y sigo andando por el aeropuerto. Tengo que esquivar a una familia numerosa con una cantidad de bolsos y valijas impresionantes. Mis ojos se topan con un padre abrazando a su hijo, quien parece que hubiera guardado toda su vida en esas dos valijas y en ese bolso gigantesco. A lo mejor es alguien que parte para no regresar. Escucho a una pareja discutir mientras caminan con paso acelerado. Llego a distinguir que la mujer le reprocha haberse olvidado el pasaporte y alcanzo a escuchar que él le dice que pensaba que lo había guardado ella.

—¿Podés caminar más despacio?

Freno y cuando me giro me encuentro con Finn trotando, su pelo castaño pegado a la frente. Veo que se sacó el buzo. Sabía decisión. No sé cuánto estará haciendo de sensación térmica pero es infernal en comparación a la temperatura que dejamos en Nueva York.

—Matilda, no me podés abandonar. No solamente porque sería increíblemente irrespetuoso e insensible, sino porque además no sé ni media palabra en español. Sin vos estoy entregado a la perdición absoluta. —Veo un poco de pánico en el celeste de sus ojos. Sonrío un poco.

—No te rías. —Frunce el ceño—. A partir de ahora somos inseparables, a donde vayas yo iré con vos. Pegados como si fuéramos dos piezas de velcro.

—Velcro.

—Velcro —sentencia.

Asiento una vez y reanudo el paso. Finn me alcanza hasta ponerse a mi lado. Veo la puerta de salida y acelero los pasos. Quiero salir. Quiero llegar. Necesito aire fresco aunque algo me dice que voy a chocar contra una pared de calor. No me importa. Quiero ver la ciudad. Estoy ansiosa. Finn lo nota.

—Matilda, me voy a desgarrar un gemelo.

—No te recordaba tan quejoso.

—No te recordaba con tanto estado físico.

Vuelvo a frenar y le doy con mi puño en el brazo.

—Auch —dice mientras acaricia la zona golpeada—. Tampoco te recordaba tan violenta.

Ignoro por completo a mi mejor amigo. La puerta automática se abre ante nosotros y la ciudad de Buenos Aires aparece en todo su esplendor. Aspiro. Dejo caer mis párpados. Vuelvo a mirar. Sonrío.

—Llegamos —digo con todos los dientes a la vista.

—Bueno, casi —me corrige Finn—. Para mí llegar va a ser cuando pase las puertas del hotel. Y me pueda dar una ducha. —Levanta un brazo y se huele—. Doy asco.

—Vamos a tomarnos un taxi hasta el hotel, nos bañamos, comemos algo, podemos dormir un rato y luego nos encontramos con Tito. Nos espera para cenar. —Me acerco hasta la vereda. A la salida del aeropuerto de Ezeiza es imposible que no encuentres un taxi—. Vas a amar a mi abuelo.

El taxista nos ayuda a guardar las dos valijas en el baúl. Nos subimos a la parte de atrás y le pedimos por favor que ponga el aire. Bueno, yo le pido. Finn solo sabe decir hola, ¿dónde está el baño?, por favor y gracias. Todo en un muy precario español. El taxista prende el aire y la radio al mismo tiempo. La voz que sale por los parlantes nos cuenta la temperatura. Treinta grados. Y solo son las nueve de la mañana. El locutor agrega que este va a ser un verano caluroso. Le traduzco a Finn.

—Mi cuerpo no está hecho para soportar estas temperaturas —se queja mientras se recuesta en el asiento del taxi.

Como era de esperar el taxista nos pregunta de dónde somos, a qué venimos y, como casi siempre nos pasa, si somos novios.

—No, no somos novios. —El hombre levanta ligeramente las cejas—. Somos amigos. Ambos vivimos en Nueva York, pero yo en realidad nací acá. A los 15 años me mudé a Estados Unidos con mis papás y desde entonces intentamos venir cada verano para visitar a mi abuelo. Él es de Nanai, en realidad, pero vive en Capital desde que nos fuimos.

—¿Nanai? —Lo vi fruncir un poco el ceño—. No conozco. ¿Cerca de qué está?

—En Mar del Plata. Para que te ubiques, queda cerca de Chapadmalal.

El hombre asiente y me dice que se lo va a anotar para ir a visitar, que él con su familia suelen ir en el verano y a veces algunos inviernos.

—Me siento apartado de la conversación. ¿Qué le dijiste?
—susurra mi mejor amigo.

—Le estoy explicando de donde soy —respondo en inglés.

—¿Te preguntó si somos novios?

Sonrío.

—Por supuesto que sí.

Después de casi media hora de viaje, aparece el hotel. Imponente. Enorme. Hotel Mancini. Mancini. Mi apellido. En realidad, uno de mis apellidos. Mis papás decidieron que use ambos apellidos. Matilda Allen Mancini. Pero no les voy a mentir, casi nadie me dice así. Para todo el mundo soy Matilda Mancini.

El taxi frena frente a la entrada. No somos los únicos. Taxis negros y amarillos y autos de diferentes gamas y colores se acomplan en la entrada. El taxista se baja para ayudarnos a bajar las valijas. Le doy un billete de cincuenta dólares.

—Disculpá, no tuve tiempo de cambiar a pesos.

—No pasa nada. —Sonríe—. Muchas gracias señorita.
—Le devuelvo la sonrisa y me desea un buen día mientras se sube al auto y acelera.

—Creo que por más que siga levantando la mirada nunca voy a llegar a ver el final del hotel. —El comentario de Finn hace que suelte una carcajada.

—No seas exagerado.

—Creo que es más grande que el de Nueva York. —Nuestros pies avanzan hasta la puerta. El sol ataca nuestra piel y mi rodete amenaza con desarmarse. Dónde habré dejado mi colita—. A veces me olvido que sos millonaria.

—Técnicamente hablando, yo no soy millonaria. —El aire acondicionado del hotel nos abraza cada centímetro de piel

ni bien entramos. Gracias Dios—. Mi familia lo es. Esta fortuna es de mi abuelo.

—Pero sos la heredera de todo esto. —Cuando dice *todo esto*, Finn se refiere a la cadena de Hoteles Mancini.

Mi abuelo proviene de una familia de italianos que escaparon de la guerra y desembarcaron en la costa atlántica. Mi bisabuelo empezó a trabajar de lo que encontraba, hasta que un día terminó como botones de un hotel. Cuando mi bisabuela falleció, mi abuelo no tenía quien lo cuidara después de clases así que acompañaba a su papá al trabajo, y entonces se enamoró profundamente del mundo de la hotelería. Solía pasar bastante tiempo escondido en la recepción, fingiendo que atendía llamadas y tomaba reservas, y a veces, abría la puerta con un porte ajeno a su edad. Los huéspedes estaban encantados con su carisma y les hacía gracia la cordialidad de aquel niño que hablaba como un adulto.

Una noche, mientras padre e hijo volvían caminando a casa, mi abuelo confesó un sueño que le daba un poco de vergüenza decir en voz alta.

—Papá, te quiero contar algo. —Mi abuelo jugaba nervioso con sus manos.

—Dime, hijo —respondió en ese español salpicado de acento italiano.

—Algún día, voy a tener mi propio hotel. Va a llevar nuestro apellido, así todo el mundo sabe que es nuestro: El Hotel Mancini.

Mi bisabuelo era un hombre tosco, según lo que me contó mi abuelo Tito. Un hombre de pocas palabras y menos sentimientos. Pero cuando el sueño de su hijo llegó hasta sus oídos, no pudo evitar sonreír con dulzura, revolverle el pelo y decirle con mucho cariño:

—Espero llegar vivo para verlo.

A partir de esa noche mi abuelo trabajó y trabajó. Ahorraba cada peso, cada centavo. Toda su vida parecía destinada a

un solo propósito: abrir un hotel. En su cerebro no cabía lugar para nada más. Hasta que conoció a mi abuela Carmen. Y ya saben como funciona a veces el amor. Lo absorbe todo como una esponja haciendo desaparecer todo menos a esa persona que parece dueña de tu ser. Mi abuelo en un principio casi se había olvidado que quería tener su propio hotel, pero mi abuela alimentaba sueños. Digamos que Tito terminó con el botón del pantalón desabrochado de tanto alimentarse de las motivaciones de Carmencita, cómo él la llamaba con devoción.

Tito siempre recalca que si no hubiera sido por Carmen el hotel nunca hubiera existido. Mi abuela estuvo en los momentos más complicados y tambaleantes, en esos que nadie quiere estar. Estuvo en los momentos donde se descorcha el mejor champagne. También en las noches en que los problemas se van a dormir con uno. Carmencita manejaba los hilos invisibles y estaba siempre que quemaban las papas.

El primer hotel lo abrieron en Mar del Plata. Era chico, humilde pero cómodo. No era la gran cosa pero era un inicio, y eso fue todo lo que necesitaban, porque a partir de ahí fueron escalando, subían escalón tras escalón. Cada vez más grandes, más lujosos. A los pocos años ya tenían tres hoteles en la costa argentina. Uno en Mar del Plata, otro en Pinamar y el tercero en Villa Gesell. Diez años después de haber abierto su primer hotel, ya tenían una cadena que recorría varios puntos del país. Hoteles de cinco estrellas. Córdoba, Santa Fe, Capital, Neuquén, Bariloche y Salta. Y ahora los Hoteles Mancini son internacionales. Miami, Madrid, París y Nueva York. Ese último lo dirige mi mamá quien nunca dudó de seguir los pasos de su padre.

Mi bisabuelo solamente llegó a ver el hotel de Mar del Plata. Hay una foto en la que un Tito joven y sonriente es abrazado por su padre, un hombre robusto y poco acostumbrado a sonreír. Me encanta esa foto. Y a mi abuela también le fascinaba.

—Bienvenidos al Hotel Mancini, ¿cómo puedo ayudarlos? —la recepcionista nos sonríe con amabilidad.

—Hola, tengo una reserva a nombre de Clotilde Micaela.

—¿Clotilde Micaela? —repite Finn en voz baja. Le pego una patada disimuladamente en el tobillo—. ¿Podrías dejar de pegarme? —sisea.

—¿Podés cerrar la boca?

—No entiendo por qué le dijiste otro nom...

La mujer deja de teclear cuando mi mano viaja a la boca de mi mejor amigo para evitar que termine la oración.

—Perdón, no sabe cuándo callarse.

Se ríe con delicadeza y sigue su búsqueda. Mi mano no abandona la cara de Finn.

—Señorita Clotilde, dos habitaciones. Aquí están sus tarjetas. Por la mañana es la limpieza, en caso de que no la requiera puede colocar el cartel en el picaporte para avisarlo. El desayuno es de siete a once de la mañana. Cualquier inquietud puede llamar a recepción. Espero que su estadía sea de lo más agradable y supere sus expectativas.

—Gracias... —Entrecierro los ojos para leer su nombre—. Marina. Gracias, Marina.

—El placer es mío.

Libero la boca de Finn y agarro mi valija.

—¿Se puede saber a qué vino la censura? ¿Y por qué le diste un nombre falso?

—¿Sabías que para trabajar en Mancini es obligatorio saber inglés? Entendía cada palabra que salía de tu boca. Y no suelo decir que soy una Mancini cuando vengo a un Hotel Mancini. Suelen ser abrumadores y asquerosamente amables. Prefiero mentir y fingir ser una huésped más.

—Tiene sentido.

Llegamos al ascensor y marco el último piso.

—Entonces tuviste que pagar por las habitaciones.

—Si.

—Matilda... —Sé qué va a decir antes de que termine de hablar. Que no es justo que yo pague todo. Lo que no entiende es que a mí no me molesta. Ni un poco.

—Pensalo de esta manera: yo pagué estas habitaciones, esa plata ingresa en las ganancias del hotel, ganancias que terminan en los bolsillos de mi familia. Es decir, vuelve a mí. Así que no quiero que te preocupes por esto. Es como si me estuviera pagando a mí misma.

—Tiene sentido —repite pensativo.

Las puertas del ascensor se abren.

—Tu tarjeta. —Estiro la mano y se la entrego—. Nos vemos a las ocho para cenar.

—Ocho, genial. —Toma la tarjeta, las puertas del ascensor se abren y se aleja por el pasillo.

—Finn, a las ocho —grito.

—Sí, sí. —Revolea la mano en el aire mientras sigue caminando—. Nos vemos en unas horas.

Lo veo poner la tarjeta en el lector, abrir la puerta y perderse en el interior de la habitación.

Uno, dos, tres...

Me llega una notificación al celular. Sonrío y revoleo los ojos.

**Finn: ¿ESTÁS DEMENTE? ¡ESTA HABITACIÓN ES DEL
TAMAÑO DE MI DEPARTAMENTO!**

**Matilda: Disfrutala y no te quejes. No te
traigo más de vacaciones.**

**Finn: ¡¿CUÁNTAS PERSONAS ADULTAS ENTRAN EN
ESTA CAMA?!**

Bloqueo el celular y me lo guardo en el bolsillo del jean. Camino hacia mi habitación. 205. Me voy sacando la ropa mientras avanzo. Mi rodete ya se rindió y mi pelo cae por mi espalda. Lo tengo horrible por las horas arriba del avión. Me veo en el espejo del baño. A veces me gustaría cortarlo bien corto. Por encima de los hombros. Pero nunca junto el valor suficiente para hacerlo. Me saco el corpiño y la bombacha, enciendo la ducha y me meto. Dejo salir un suspiro de satisfacción cuando el agua tibia me refresca y relaja al mismo tiempo. Tiro la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Estoy feliz. Me gusta estar acá. Soy de acá, aunque no viva en Argentina, aunque para muchos no sea considerada de este país. Cuando mis pies tocan suelo argentino, es como si los metiera en una corriente eléctrica y me cargara de una energía que solo puedo conseguir acá.

Cierro la ducha, me envuelvo en la toalla y salgo del baño. Me agacho frente a la valija para buscar la ropa interior, una remera un poco hecha mierda que hará de pijama y una crema corporal. Una vez que hidrató mi piel, me visto. Vuelvo al baño y me peino frente al espejo. Tengo la mirada cansada. Fueron nueve horas de viaje. Estoy agotada. Y el calor no ayuda. Me termino de desenredar los nudos de mi pelo, me lavo los dientes y me lanzo a la cama exageradamente grande. Finn tenía razón. Toco el control que baja las cortinas automáticamente y me sumerjo en la oscuridad. Cierro los ojos. Los abro. Estiro la mano hasta la mesita de luz y agarro el celular. Pongo la alarma a las seis de la tarde. Me acomodo sobre la almohada y me duermo con una sonrisa en la cara. Se siente bien volver.